

El debate sobre la esfera pública digital: Apocalípticos e integrados

The Image of Pena Nieto in Facebook

Israel Márquez

Este artículo ofrece una discusión sobre los aspectos potencialmente positivos y negativos del supuesto rol de los medios sociales como generadores de una nueva esfera pública digital y de un mayor debate y participación política. Utilizamos la clásica distinción entre “apocalípticos” e “integrados” de Umberto Eco como herramienta semiótica conceptual y retórica para enmarcar la discusión en torno a estos temas.

Palabras clave: Esfera pública, Internet, Web 2.0, redes sociales, medios de comunicación.

In this paper we offer a discussion of potentially positive and negative aspects of the perceived role of social media as fostering a new digital public sphere and motivating further political debate and participation. We use Eco's classical distinction between “apocalyptic” and “integrated” intellectuals as a conceptual and rhetorical semiotic tool to frame the discussion upon these subjects.

Keywords: Public Sphere, Internet, Web 2.0, social networks, media.

Israel Márquez es Doctor Europeo en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid (Premio Extraordinario de Doctorado Curso 2012/2013) y Master en Sociedad de la Información y el Conocimiento por la Universitat Oberta de Catalunya. Ha sido investigador visitante en la School of Literature, Media, and Communication del Georgia Institute of Technology (Atlanta, EEUU) y en la IT University of Copenhagen (Dinamarca). Ha publicado diversos artículos sobre cultura digital y nuevos medios en revistas académicas y volúmenes colectivos y ha participado en numerosos congresos nacionales e internacionales. E-mail de contacto: isravmarquez@gmail.com

Este artículo fue referenciado el 10 de mayo de 2015 (Universidad de Modena y Reggio Emilia).

1. INTRODUCCIÓN

El debate sobre la esfera pública ha cobrado un renovado interés a raíz de la generalización de Internet y la emergencia, en los últimos años, de la denominada Web 2.0 o web social. Esta nueva web, más interactiva y democrática que la anterior, ha dado lugar al surgimiento de una serie de herramientas y plataformas digitales (blogs, wikis, redes sociales, mundos virtuales, plataformas de crowdfunding, etc.) que han sido interpretadas como nuevos espacios de información, comunicación, participación y debate capaces de generar nuevas esferas públicas digitales. Han surgido incluso nuevos términos que intentan reflejar esta situación tomando la noción de “esfera” como eje conductor, como por ejemplo las palabras “blogosfera” y “twitteresfera”, convirtiendo determinadas herramientas de la web 2.0 (los blogs y Twitter en este caso) en nuevas “semiosferas” o espacios semióticos digitales capaces de incentivar el debate público y promover el cambio social. Se ha dicho que estos nuevos espacios digitales difieren de los espacios tradicionales al ofrecer una mayor interactividad y una comunicación de *muchos-a-muchos*, en lugar de la tradicional comunicación *uno-a-muchos* típica de la comunicación de masas y la lógica del *broadcasting*. Se habla en este sentido de una nueva era de la comunicación que algunos han calificado como era *postbroadcasting*, la cual implicaría “la pérdida de hegemonía de la industria y los medios centralizados para establecer una convivencia conflictiva con la vida de las redes: el *networking*” (Fernández 2014: 13). Traducido al ámbito de la esfera pública esto significaría que los medios de comunicación tradicionales estarían estableciendo actualmente una convivencia conflictiva con la acción colectiva desarrollada cotidianamente en las redes digitales, una acción capaz de generar nuevas formas de esfera pública que obligan a repensar el sentido y alcance de esta noción en un mundo (*offline* y *online*) cada vez más cambiante y complejo.

No cabe duda de que la noción de esfera pública se ha visto afectada por la emergencia de Internet y las redes digitales. Pero, ¿es esto suficiente para hablar de una auténtica esfera pública digital? Hay quienes piensan que sí, que Internet y las redes digitales han propiciado la emergencia de una nueva esfera pública digital, tomando como ejemplo casos como las revueltas promovidas a través de las redes sociales (revoluciones árabes, Occupy Wall Street, 15-M, etc.) y su impacto en la agenda de los medios. Otros, sin embargo, se muestran más escépticos ante esta nueva realidad y piensan que no se puede hablar tan abiertamente de una nueva esfera pública digital y que hay que desmitificar esta noción a riesgo de caer en un nuevo caso de determinismo tecnológico. Así las cosas, el debate actual en torno a la existencia o no de una esfera pública digital recuerda a la célebre frase de Umberto Eco (1965), “apocalípticos e integrados”, y en el presente texto me apropiaré de esta conocida oposición para diferenciar entre una versión integrada y otra apocalíptica de la esfera pública digital. Dedicaré las páginas que siguen a explicar los argumentos que sostienen ambas posturas con el fin de aclarar cada una de ellas y hacer comprensibles los términos del debate actual en torno a las posibilidades y limitaciones de la esfera pública digital.

2. LA VERSIÓN DE LOS INTEGRADOS

“La revolución será tuiteada”

Andrew Sullivan

La visión integrada u optimista de la esfera pública digital reconoce que el desarrollo de Internet y el surgimiento de las herramientas colaborativas propias de la web 2.0 (en especial blogs y redes sociales) han modificado profundamente la noción de *esfera pública*, entendida como aquel lugar en el que se forma la opinión pública a partir del diálogo y el debate ciudadano sobre cuestiones que afectan a la vida en común. Como han señalado algunos autores (Stumpel 2009), estos nuevos espacios digitales guardan una estrecha relación con la idea habermasiana de esfera pública, en el sentido de que son espacios que se encuentran (aparentemente) fuera del control estatal, permiten a los individuos intercambiar opiniones, conocimientos y puntos de vista críticos, y favorecen el desarrollo de un consenso público racional. Gracias a Internet, las demandas de movimientos sociales y colectivos antes excluidos del debate público pueden verse traducidas en temas de discusión y argumentos políticos. En este sentido, Internet es visto como una herramienta de empoderamiento ciudadano capaz de incrementar la participación de las personas en asuntos de interés público, posibilitando la emergencia de nuevas voces y discursos antes ocultos y excluidos de la esfera pública. La red abre nuevas vías de expresión y protesta (y de difusión de esas expresiones y protestas), convirtiendo a los ciudadanos en *prosumidores* (productores y consumidores) de información, y no únicamente en consumidores y espectadores pasivos. Así, de una *sociedad del espectáculo* (Debord 2008) en la que los ciudadanos tenían muy pocos espacios reales para la participación y el diálogo —el espectáculo es lo contrario del diálogo, decía Debord—, y por tanto, para hacer visibles sus intereses y peticiones en la esfera pública, hemos pasado a una *sociedad red* (Castells 2005) más interactiva, dialógica y participativa, y que es capaz de otorgar una mayor visibilidad pública a los intereses ciudadanos a partir de herramientas digitales de fácil uso y acceso, en especial aquellas relacionadas con la web 2.0. En este sentido, algunos autores sostienen que al permitir a los ciudadanos expresarse libremente y sin la intermediación de otros actores, las redes digitales favorecen un enriquecimiento del debate político y una ampliación de los horizontes de la participación democrática, ya que estas tecnologías son capaces de aumentar el número de actores y de perspectivas diferentes.

Este tipo de conexión entre tecnología y democracia no es algo nuevo. Langdon Winner, por ejemplo, nos recuerda que a lo largo de la historia del desarrollo tecnológico existe la creencia persistente de que las nuevas tecnologías revitalizarán la sociedad democrática al aumentar la participación ciudadana y la calidad de esa participación:

“La construcción de canales, vías ferroviarias, fábricas, y plantas de energía eléctrica, así como la introducción del telégrafo, el

teléfono, el automóvil, la radio y la televisión, han estado siempre acompañados de entusiastas proclamas sobre cómo cada innovación proporcionaría a la gente corriente mayor acceso a los recursos, mayor poder sobre decisiones clave, y amplias oportunidades para la participación política” (Winner 2004: 55).

En la época actual, esta creencia histórica se ha trasladado al ámbito de los ordenadores y las redes digitales, donde son muchos los observadores que han predicho que “un tipo radical de democracia –descentralizada, antijerárquica, y de participación directa– fluiría seguramente del extendido uso de los aparatos electrónicos digitales” (Ibid.). Recordemos, por ejemplo, los orígenes de Internet y visiones como la de Howard Rheingold (1996), quien veía en la red de redes una nueva “ágora electrónica” al alcance de nuestra mano y una poderosa herramienta para revitalizar la democracia basada en los ciudadanos. Así mismo, el vicepresidente norteamericano Al Gore predijo el surgimiento, gracias a Internet, de una nueva era de democracia Ateniese.

Más recientemente, esta creencia está siendo desarrollada dentro del paradigma de la Web 2.0 y el mayor grado de libertad, participación y diálogo de sus herramientas si las comparamos con las de la Web 1.0. La versión integrada de la esfera pública digital se encuentra actualmente en este punto, en la defensa de que estas herramientas abren nuevas posibilidades políticas, informativas y comunicativas capaces de incidir en la esfera pública tradicional y revitalizar la democracia basada en los ciudadanos. Según esta visión, las nuevas tecnologías digitales de la Web 2.0 (blogs, microblogs, redes sociales, etc.) estarían facilitando una apertura al debate ciudadano, que ya no estaría monopolizado únicamente por los medios de comunicación tradicionales, ya que estas nuevas plataformas permiten la articulación de nuevos espacios digitales de deliberación pública.

Un ejemplo paradigmático de lo anterior es el de las revueltas sociales promovidas a través de las redes sociales digitales. El año 2011 fue un año de revoluciones levantamientos y protestas en distintas partes del mundo, hasta el punto de que nuestra época ha sido caracterizada como “la más agitada de la historia” (Gutiérrez 2014). Como señala Manuel Castells:

“Por todas partes, de Islandia a Túnez, de WikiLeaks a Anonymous y, poco después, de Atenas a Madrid y Nueva York, eran evidentes los síntomas de una nueva era revolucionaria, una época de revoluciones encaminadas a explorar el sentido de la vida más que a tomar el poder en el estado” (Castells 2012: 14).

El filósofo Alain Badiou (2012) habla incluso de un “despertar de la historia” vinculado a esta nueva ola de revueltas y levantamientos tras un largo periodo de letargo revolucionario. Slavoj Žižek (2013) plantea un análisis parecido al de Badiou

al señalar el año 2011 como “el año en que soñamos peligrosamente”, el año del resurgimiento de la política emancipatoria en varias partes del mundo. La revista *Time* nombró como personaje del año 2011 a “El/la Manifestante”, rindiendo así su particular homenaje a la primavera árabe y a los movimientos de indignados que proliferaron en Europa y Estados Unidos durante ese año.



Figura 1. “El/la manifestante”, personaje del año 2011 según la revista Time. [Fuente: Time]

Christian Fuchs (2014: 8) ha llegado a sugerir –no sin cierta dosis de ironía– que el 2011 debería haberse llamado “el año de las esferas públicas”. Otros autores han bautizado el año 2011 como el año de las revoluciones de Twitter y Facebook, argumentando que fueron las redes sociales las que crearon las protestas y revoluciones.

En efecto, para los integrados, estas revoluciones no hubieran sido posibles sin la novedad que suponen las redes sociales digitales y su uso como herramientas de información, comunicación, organización y coordinación colectiva. En el caso concreto de las revoluciones árabes, se ha dicho que las protestas se convocaron por Facebook, se coordinaron por Twitter, y se mostraron al mundo por YouTube (Cottle 2011). La importancia de las redes sociales en el levantamiento árabe fue recogida y amplificada por los medios de comunicación, que empezaron a referirse a revueltas como las de Túnez y Egipto como “revoluciones Facebook” o “Twitterrevoluciones”. El desarrollo de las protestas árabes y la rapidez con la que los ciudadanos de estos países derrocaron a sus autoritarios gobiernos, generó todo un debate acerca de la importancia de Internet y las redes sociales como nuevas herramientas democratizadoras y sus efectos en la vida política.

Según Clay Shirky (2011), uno de los mejores representantes de la visión integrada, los medios sociales digitales (*social media*) suponen un mayor acceso a la

información, más oportunidades de participar y comprometerse en el discurso público, y una mayor capacidad para emprender acciones colectivas. Para Shirky, los medios sociales tienen la capacidad de alterar la esfera pública y constituyen una mejora para la democracia, pues permiten a los ciudadanos expresarse públicamente y coordinarse más rápido y a mayor escala que antes de que estos medios existieran. En el largo plazo, subraya este autor, los medios sociales pueden contribuir al fortalecimiento de la sociedad civil y convertirse en herramientas que faciliten la opinión pública.

Otro representante de la visión integrada es Manuel Castells, quien en su libro *Redes de indignación y esperanza* defiende la importancia que tuvieron Internet y las redes sociales digitales en el origen y desarrollo de las últimas revoluciones sociales:

“Compartiendo dolor y esperanza en el espacio público de la red, conectándose entre sí e imaginando proyectos de distintos orígenes, los individuos formaron redes sin tener en cuenta sus opiniones personales ni su filiación [...] Los movimientos se extendieron por contagio en un mundo conectado en red mediante Internet inalámbrico y marcado por la rápida difusión viral de imágenes e ideas. Empezaron por el Norte y por el Sur, en Islandia y en Túnez, y desde allí la chispa prendió en un paisaje social diverso devastado por la codicia y la manipulación en todos los rincones del planeta azul” (Castells 2012: 20).

Las palabras de Castells nos hacen pensar en otra de las razones esgrimidas por los integrados en su defensa del poder emancipador y democrático de las redes sociales digitales: su capacidad de trascender el ámbito local y alcanzar una repercusión internacional en las agendas mediáticas de distintas partes del mundo. Las redes digitales permiten a los ciudadanos evadir censuras gubernamentales e informar a la opinión pública internacional a través de la “difusión viral de imágenes e ideas”. De hecho, los medios de comunicación tradicionales nutren sus informativos con materiales aportados por los propios individuos, quienes se convierten en periodistas-ciudadanos capaces de alterar con sus contenidos el funcionamiento de la esfera pública institucional. La difusión viral de vídeos e imágenes por parte de los propios ciudadanos a través de Internet, y su eco en los medios de comunicación tradicionales, alimentaron la simpatía mundial por este tipo de protestas y tuvo un eco en distintas partes del globo, con la multiplicación de acampadas y protestas en distintas ciudades (Madrid, Atenas, Nueva York, etc.) y de imágenes virales en torno a ellas. En todos estos casos, defienden los integrados, las protestas no tuvieron que ser convocadas por líderes políticos ni medios convencionales, sino que fue fruto de la comunicación, coordinación y organización a través de Internet, convertida en una esfera pública digital capaz de promover un intercambio democrático de ideas y opiniones con efectos en la vida política de las sociedades.

En resumen, la postura integrada ve en las nuevas tecnologías y herramientas digitales lugares idóneos para la revitalización democrática, la participación y el

activismo político, gracias a la ampliación de los canales de comunicación y sus posibilidades de expresión pública y coordinación ciudadana. En un momento de clara desafección política y falta de confianza en la eficacia de los partidos políticos, no es extraño que muchos autores hayan visto en estas nuevas tecnologías un elemento esperanzador capaz de promover el diálogo directo entre las personas, revitalizar la democracia, y generar una nueva esfera pública digital capaz de cuestionar la idea tradicional de esfera pública. Sin embargo, esta visión optimista se complementa con otra de índole más pesimista que cuestiona el verdadero alcance de estas ideas. Es la postura que aquí calificamos de “apocalíptica”, y que pasamos a explicar a continuación.

3. LA REACCIÓN APOCALÍPTICA

“La mayoría de los ciberutopistas se ciñeron al discurso populista según el cual la tecnología dota de poder al pueblo, que, oprimido por años de gobierno autoritario, se revelará inevitablemente, automovilizándose a base de mensajes de texto, Facebook, Twitter y las herramientas que surjan el año que viene.” Evgeny Morozov

Frente a la visión optimista de los integrados, tenemos la reacción pesimista de los apocalípticos, quienes cuestionan y critican ampliamente los argumentos defendidos por los primeros. En líneas generales, a una visión optimista y utópica sobre las ventajas de Internet como posibilitador de una nueva esfera pública digital con incidencia en la esfera pública tradicional, le sigue actualmente una corriente crítica y revisionista de esta visión utópica que reduce las posibilidades democráticas y liberadoras de las redes digitales y encuentra varias limitaciones a la idea de una esfera pública digital. La alternancia entre discursos utópicos y distópicos recuerda a la primera etapa de los estudios sobre Internet (Wellman 2004), que parece estar reproduciéndose nuevamente en el contexto de la Web 2.0 y el debate acerca de sus posibilidades y limitaciones, sobre todo en relación a fenómenos tan recientes como el de las revoluciones sociales y su incidencia en la esfera pública, cuya proximidad histórica hace difícil la investigación empírica y la distancia necesaria para el análisis.

Sin embargo, recientemente han aparecido algunas evidencias empíricas que cuestionan el papel de las redes sociales digitales en las denominadas “Twitterrevoluciones” o “revoluciones Facebook”. Por ejemplo, Christian Fuchs (2014) ha llevado a cabo un estudio empírico entre activistas que estuvieron implicados en las revueltas del año 2011. Los resultados demuestran que las protestas contemporáneas no son rebeliones de los medios sociales, ya que los activistas también utilizan otras formas de comunicación interpersonal, como teléfonos, correo electrónico, y comunicación cara a cara. En otro trabajo destinado a criticar el libro *Redes de indignación y esperanza*, de Manuel Castells, Fuchs (2012) recoge varias evidencias

empíricas destinadas igualmente a desmentir la idea generalizada de que las protestas contemporáneas fueron fruto del uso de Internet y las redes sociales digitales. Una de estas evidencias es el trabajo de Wilson y Dunn (2011) entre los activistas de la plaza Tahir, en el que se muestra que la comunicación cara a cara (93%) fue la forma de comunicación más importante para los manifestantes, seguido de la televisión (92%), el teléfono (82%), los medios impresos (57%), los SMS (46%), Facebook (42%), el correo electrónico (27%), la radio (22%), Twitter (13%) y los blogs (12%). El estudio demuestra que la comunicación cara a cara, los medios tradicionales y las telecomunicaciones fueron más importantes que Internet y los medios sociales digitales. En base a estos resultados, Fuchs critica la hipótesis de Castells de que los movimientos sociales contemporáneos han surgido y se basan en gran parte en el uso de Internet como principal medio de comunicación. Los datos disponibles sostienen que, en casos como el de la revolución egipcia, la comunicación interpersonal, los medios tradicionales y el teléfono fueron herramientas más importantes que Internet. Estos resultados, señala Fuchs, deconstruyen el mito de que la primavera árabe fuera una “revolución de los medios sociales”, una “revolución Facebook”, una “revolución Twitter”, o una “revolución 2.0”. Fuchs no niega el rol que desempeñaron Internet y los medios sociales en las protestas, pero fue sólo uno entre muchos otros tipos de comunicación.

Este tipo de críticas son comunes entre los apocalípticos, quienes tienden a revisar los argumentos esgrimidos por los integrados para rebatirlos de manera contundente. Junto a Fuchs, otros claros representantes de esta corriente apocalíptica que tiende a desmitificar y criticar la idea de una esfera pública digital son autores como Malcolm Gladwell y Evgeny Morozov. Gladwell escribió un artículo en *The New Yorker* bajo el significativo título de “Por qué la revolución no será tuiteada”, en el que señalaba que plataformas como Facebook y Twitter están construidas sobre vínculos débiles que carecen de jerarquía y que son incapaces de sostener el activismo de alto riesgo. Gladwell pone el ejemplo de grupos de Facebook creados para apoyar distintas causas políticas y que llegan a tener miles y hasta millones de miembros, pero no todos los que hacen click en tales grupos están realmente dispuestos a sacrificarse por la causa, siendo realmente muy pocos los que lo hacen. Conlleva muy poco esfuerzo económico y personal sumarse a estos grupos, pero la fragilidad de estos lazos se evidencia cuando es necesario dar el salto del contexto “virtual” al físico y presencial, del mundo *online* al *offline*, ya que no todos los que hicieron click en “me gusta” están dispuestos a dar este salto.

Conviene recordar en este punto las ideas del filósofo danés Søren Kierkegaard sobre la prensa y lo público. Pensaba Kierkegaard (1962) que la esfera pública es un modo en el que todos comentan y tienen una opinión sobre los asuntos públicos, pero sin acreditar ninguna experiencia directa y sin tener o querer ninguna responsabilidad. Para Kierkegaard, gracias a la prensa, uno puede mantener una opinión sobre cualquier tema pero sin la necesidad de actuar basado en ella, es decir, sin la obligación de pasar a la acción. La esfera pública, en la visión del filósofo danés, estaría llamada a convertirse

en un reino de habla ociosa donde los espectadores, únicamente, corren la voz. El hecho de que las redes sociales digitales permitan que muchos opinen y cliquen “me gusta” pero sin pasar realmente a la acción, es decir, sin dar el salto a la actividad y el compromiso presenciales, actualiza el pensamiento kierkegaardiano sobre la prensa y lo público en el marco de la cultura digital actual.¹

Esta situación se relaciona también con fenómenos como el *clicktivism* (o el activismo reducido a “clicks”), o el *slacktivism*, siendo este último un término que se utiliza para describir un tipo de “activismo vago” o “perezoso” que tiene escaso compromiso con el mundo real (Morozov 2009a). El *slacktivism* es propio de una cultura digital basada cada vez más en la idea del “solucionismo” (Morozov 2013), una tendencia a pensar que los problemas, conflictos y negociaciones complejas pueden resolverse con un arreglo tecnológico, como un click en el icono de “me gusta”.

Es precisamente este último autor, el bielorruso Evgeny Morozov, uno de los autores que más han cuestionado el optimismo reinante sobre el papel democrático y liberalizador de Internet y las redes digitales. Según Morozov (2011), las tecnologías informáticas son herramientas versátiles que admiten varios usos y propósitos pero cuyo aumento exponencial no conduce necesariamente a una mayor democratización, ya que el hecho de que existan múltiples canales y herramientas no asegura una interacción política eficaz. Es más, se puede argumentar que Internet, más allá de ser un medio que incrementa la democracia, la disminuye. No olvidemos que Internet es una herramienta que también puede ser usada por los regímenes autoritarios para sus propios fines, censurando ciertos contenidos, bloqueando el acceso a blogs y redes sociales, transmitiendo propaganda, o amenazando y persiguiendo a los disidentes por medio de la cibervigilancia. Morozov habla en este sentido de la “trinidad del autoritarismo”, representada por tres elementos básicos: la censura, la propaganda y la vigilancia.

En el caso de la *censura*, países como China limitan el acceso a la información y practican la censura *online* o digital, intimidando a sus ciudadanos e incluso a los mismos proveedores de Internet. El régimen iraní limitó el acceso a redes sociales tras los movimientos que se generaron en Facebook y Twitter a causa del supuesto fraude electoral en las elecciones del año 2009. En este sentido, de la misma forma que se habla de “tecnologías de liberación” en relación a las nuevas tecnologías digitales, es igualmente lícito hablar de “tecnologías de la represión” (Meier 2011), siendo casos como el de China o Irán ejemplos paradigmáticos de este nuevo tipo de control digital.

En el siguiente mapa podemos observar los países con mayor censura *online* (identificados en color rojo), entre los que se encuentran China, Irán, Arabia Saudí, Pakistán, Sudán, Vietnam, Etiopía o Siria, donde los gobiernos limitan al acceso a sus ciudadanos y evitan que se comuniquen y colaboren en la red, imposibilitando la idea de una esfera pública digital.



Figura 2. Mapa sobre el impacto y alcance de la censura online
[Fuente: IVPN, 2013]

En el caso de la *propaganda*, Internet sirve igualmente para difundir posturas ultranacionalistas, xenófobas y fundamentalistas. Internet es un mundo en el que los activistas homófobos utilizan Facebook y otras redes sociales para organizarse y luchar contra los derechos de los homosexuales, como ocurre por ejemplo en Serbia (Morozov 2010). Existen incluso blogueros pro-gobierno que son remunerados por postear comentarios positivos sobre el régimen. En este sentido, la web 2.0 no supone ningún tipo de liberación, sino más bien una nueva forma de control represivo. Otra forma de propaganda es el recurso al entretenimiento digital, el cual tiene un claro efecto despolitizante. La sociedad del espectáculo de Debord se traslada ahora a las redes digitales según una lógica similar contraria al diálogo y la participación de los ciudadanos, anestesiados por el consumo y acceso cotidiano a contenidos digitales basura. Morozov señala el caso de los buscadores de Internet rusos, en los que las búsquedas más populares no son “¿qué es la democracia?”, o “cómo proteger los derechos humanos”, sino “¿qué es el amor?”, y “cómo perder peso”.

Por último, en el caso de la *vigilancia*, sitios como Facebook permiten una rápida y efectiva vigilancia de perfiles, grupos y listas de amigos, haciendo más fácil la localización y persecución de los activistas y sus contactos. Morozov (2009b) llega a sugerir que el activismo analógico era más seguro que el digital, ya que era más difícil para los servicios secretos recopilar las agendas y las listas completas de los activistas. Las redes sociales hacen más fácil recolectar y hacer circular información sobre los disidentes. En Irán, por ejemplo, el gobierno utilizó los vídeos de las manifestaciones subidos y almacenados en YouTube para identificar a los disidentes. El mismo gobierno recurrió a un fenómeno tan novedoso como el *crowdsourcing* o “externalización de masas”², abriendo un sitio web en Internet donde se publicaron más de un centenar de fotografías que la policía había tomado de los manifestantes, y pidiendo a la ciudadanía leal al régimen que les ayudarán a identificar a los disidentes. Varias personas fueron detenidas por medio de esta herramienta.

Los propios activistas son cada vez más conscientes de este nuevo tipo de vigilancia y rastreo de huellas digitales. Por eso desarrollan hábiles tácticas. Por ejemplo, en Irán, algunos activistas se reunían en sitios poco convencionales, como

Goodreads, una red social para amantes de los libros. Algunos activistas se refugiaron en esta página para discutir sobre cuestiones políticas sin el miedo a ser vigilados por los censores. Hasta que un artículo en *Los Angeles Times* señaló lo que estaba ocurriendo, ayudando indirectamente a las autoridades iraníes a identificar a los disidentes. En casos como este, los medios de comunicación tradicionales pueden servir a las autoridades para seguir estas pistas y descubrir a los disidentes refugiados en estas extrañas redes, convirtiéndose indirectamente en instrumentos de control y vigilancia. El resultado de todo ello es, según Morozov (2009b), una nueva manifestación del juego del gato y el ratón en versión digital: los disidentes tratan de ocultarse de las autoridades refugiándose en nichos digitales poco convencionales, como una página web de libros.

Otro de los argumentos que pone en duda la idea de una esfera pública digital es que sólo una minoría utiliza Internet con fines políticos. Es más, el propio diseño de algunas plataformas no favorece un diálogo político profundo. Pensemos en el caso de Twitter y su límite de 140 caracteres por publicación. Es difícil pensar, en casos como este, que a partir del intercambio fugaz de mensajes fragmentados limitados a 140 caracteres se pueda llevar a cabo un verdadero diálogo político constructivo.

Otra crítica a la idea de la esfera pública digital es la de la fragmentación y polarización de ideas y contenidos que se produce en la red. Como señala Dahlberg (2007), Internet ofrece la posibilidad de “filtrar” los contenidos a los que quiero acceder y las interacciones que quiero mantener, facilitando que cada usuario seleccione a qué quiere ser expuesto. Sin embargo, esto puede conducir a la fragmentación y encapsulamiento en nichos ideológicos segmentados en los que se refuerzan ideas preconcebidas y no se contemplan nuevos argumentos, lo cual tiene serios riesgos para la democracia. En el ciberespacio se encuentran blogs y otros espacios digitales que tiende a estructurarse en torno a fuertes afinidades ideológicas, de manera que unos blogs enlazan con otros blogs que son ideológicamente similares, generando un espacio hipertextual políticamente homogéneo y que es contrario a la lógica democrática. El resultado es la proliferación de espacios digitales basados en el sectarismo y la endogamia, que transforman el diálogo en monólogo y la diversidad en uniformidad, lo que conduce a una *sectarización de la esfera pública*, y sabemos que la sectarización, como decía Paulo Freire (2005: 32), “es siempre castradora por el fanatismo que la nutre”: la sectarización “es irracional y transforma la realidad en algo falso que, así, no puede ser transformada. La inicie quien la inicie, la sectarización es un obstáculo para la emancipación de los hombres”.

Por último, hay que recordar que Internet no es todavía accesible a todo el mundo y el problema de la “brecha digital” sigue siendo una realidad en muchos países. Este hecho produce inevitablemente una exclusión y hace de la esfera pública digital un espacio elitista y lejos del ideal (Papacharissi 2009). El acceso a Internet sigue estando altamente estratificado según la edad, la educación y el nivel de ingresos, y existe un número considerable de hogares pobres, personas ancianas y jóvenes abandonados en una situación de exclusión permanente. Igualmente, no todas las personas con acceso

disponen de los conocimientos técnicos necesarios para desenvolverse ágilmente por la red, lo cual limita su participación efectiva en tales espacios.

Relacionado con lo anterior, algunos estudios recientes sobre las revueltas árabes de Túnez y Egipto han demostrado que la mayoría de los activistas eran ciudadanos jóvenes y educados versados en el uso de nuevas tecnologías, lo cual no es representativo de todas las generaciones. En este sentido, puede considerarse que la esfera pública digital estaría reproduciendo las mismas limitaciones que la esfera pública burguesa descrita por Habermas, en el sentido de que las revueltas árabes fueron conducidas por una élite de activistas jóvenes y educados (Mahlouly 2013).

En resumen, según los apocalípticos, la emergencia de plataformas y herramientas digitales no supone necesariamente un aumento de la calidad del diálogo y la participación política. Es más, estas herramientas pueden convertirse en verdaderas “tecnologías de represión” que los gobiernos pueden utilizar para sus propios fines de control y vigilancia, limitando o imposibilitando el acceso, la comunicación y la colaboración de los ciudadanos, e impidiendo, por tanto, la articulación de una esfera pública digital. De las críticas de los apocalípticos se observa un rechazo al determinismo tecnológico que subyace en los argumentos de los integrados, que vendrían a representar un nuevo caso de “cibérbole” (Woolgar, 2005), es decir, de representación exagerada (hiperbólica) de las capacidades de las nuevas tecnologías. El caso de las revoluciones sociales promovidas por Internet y las redes sociales es el ejemplo más evidente de ello, ya que se ha atribuido automáticamente a estas tecnologías el haber sido las causantes de estos episodios, aun cuando sabemos que su papel no fue tan determinante como se pensaba (Wilson y Dunn 2011; Fuchs 2012, 2014) y no todas las protestas consiguieron sus exigencias: en Túnez y Egipto los líderes renunciaron, pero en Siria y Libia no. Es más, en países como Egipto, las protestas que más tarde llevarían a la revolución continuaron después de que el régimen decidiera apagar Internet el 28 de enero de 2011 (Fuchs 2012), es decir, las protestas continuaron a pesar del bloqueo tecnológico. Después de todo, como señala Evgeny Morozov (2010): “los tuits no derrocan gobiernos, las personas sí”.

4. CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo, he intentado resumir –en base a la conocida oposición entre “apocalípticos” e “integrados” introducida por Umberto Eco en el año 1964– las versiones optimista y pesimista sobre las nuevas tecnologías digitales y la posibilidad de una nueva esfera pública digital. Como señalábamos más arriba, esta alternancia entre discursos utópicos y distópicos recuerda a la primera etapa de los estudios sobre Internet (Wellman 2004), que parece estar reproduciéndose nuevamente en el contexto de la Web 2.0 y el debate acerca de sus posibilidades y limitaciones para la democracia. Si bien los estudios de Internet habían llegado a un punto en que a esa primera etapa utópico-distópica (1995-1998) le había seguido una

segunda basada en la investigación empírica y el uso cotidiano de Internet (1998-2003), y después una tercera que entiende lo *online* y lo *offline* no como espacios separados sino interrelacionados (2004-hoy), la llegada de la Web 2.0, y la irrupción de fenómenos como el de las revoluciones de 2011, han revitalizado los discursos utópicos y entusiastas al situar a la tecnología de software social (las redes sociales, principalmente) como las principal causantes de estas manifestaciones sociales en distintas partes del globo. Esto, unido a un claro clima internacional de desafección política, ha favorecido la creación de un clima de opinión que ve en la Web 2.0 un elemento esperanzador capaz de promover el diálogo directo entre las personas, revitalizar la democracia, y generar una nueva esfera pública digital.

Este clima de optimismo ha sido contestado recientemente a partir de una serie de discursos distópicos que niegan que Internet, y en concreto los llamados medios sociales (blogs, microblogs, redes sociales, wikis, crowdsourcing, crowdfunding, etc.), puedan revitalizar la democracia y generar un nuevo tipo de esfera pública. Estos autores (Fuchs, Gladwell, Morozov y otros) son bastante críticos con el tipo de proclamas tecno-deterministas (“Twitterrevoluciones”, “revoluciones Facebook”, “revolución 2.0”, “la revolución será tuiteada”, etc.) lanzadas desde la sección académica integrada y amplificadas por los medios de comunicación de masas, subrayando que estas tecnologías pueden ser igualmente utilizadas para promover intereses, vigilancias y controles contrarios a la misma idea de democracia y de esfera pública, haciendo de esas potenciales “tecnologías de liberación” verdaderas “tecnologías de represión” (Meier 2011)

El debate sigue abierto, y tanto apocalípticos como integrados continúan pensando en el sentido y alcance de estas revoluciones y las nuevas formas de comunicación y participación que prometen las tecnologías digitales y los medios sociales. Aun así, son necesarias más investigaciones empíricas y recopilaciones de datos que atiendan no sólo a los usos tecnológicos, sino a las coyunturas políticas, sociales, culturales, educativas y económicas de cada país, factores que inevitablemente influyen en el funcionamiento y la vitalidad de la esfera pública. Únicamente atendiendo a este conjunto amplio de factores seremos capaces de evaluar el verdadero sentido y alcance de estos cambios y sus posibles repercusiones para la teoría de la esfera pública. Pero para ello hace falta tiempo y distancia, recursos cada vez más escasos en nuestras sociedades hiperveloces.

NOTAS

1. Para una interesante reflexión sobre la actualidad del pensamiento kierkegaardiano en la era de Internet y las redes digitales véase Dreyfus (2001).
2. El término crowdsourcing fue popularizado por Jeff Howe en un artículo de 2006 para la revista Wired (Howe, 2006). Howe pensaba que gracias a la interconexión de millones de personas a través de Internet y a que las diferencias entre profesionales y aficionados ha ido disminuyendo con el paso de los años, podía ser factible encargar trabajos no a pequeños grupos de expertos (outsourcing),

como se hacía tradicionalmente, sino presentar un problema o proyecto como una convocatoria abierta al mundo digital y dejar que la “masa” (crowd) encontrara una solución.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BADIOU, A. (2012) *El despertar de la historia*. Madrid: Clave Intelectual.
- CASTELLS, M. (2005) *La era de la información (Vol. 1): La sociedad red*. Madrid: Alianza.
- (2012): *Redes de indignación y esperanza*. Los movimientos sociales en la era de Internet. Madrid: Alianza.
- COTTLE, S. (2011) *Media and the Arab Uprisings of 2011: Research notes*, Journalism, 12(5).
- DAHLBERG, L. (2007) *Rethinking the fragmentation of the cyberpublic: from consensus to contestation*. New Media & Society, 9, pp. 827-847.
- DEBORD, G. (2008) *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-Textos.
- DREYFUS, H. (2001) *Nihilismo en línea. El futuro de la tecnología de la información visto por Søren Kierkegaard en 1850*. Folios: revista de la Facultad de Humanidades, n° 14, pp.5-12.
- ECO, U. (1965) *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Lumen.
- FERNÁNDEZ, J. L. (coord.) (2014) *Postbroadcasting*. Buenos Aires: La Crujía.
- FREIRE, P. (2005) *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- FUCHS, Ch. (2012) *Some Reflections on Manuel Castells' Book Networks of Outrage and Hope*. Social Movements in the Internet Age”, tripleC, 10(2), pp. 775-797.
- (2014): *Retos para la democracia: Medios sociales y esfera pública*, Telos, n° 98, Junio-septiembre 2014.
- GLADWELL, M. (2010) *Small Change: Why the revolution will not be tweeted*, The New Yorker. En: <http://www.newyorker.com/magazine/2010/10/04/small-change-3> (Consulta: 01/09/2014).
- GUTIÉRREZ, B. (2014) *La época más revolucionaria de la historia*, eldiario.es, 19 de abril de 2014. En: http://www.eldiario.es/zonacritica/epoca-revolucionaria-historia_6_251334882.html (Consulta: 28/09/2014).
- HOWE, J. (2006) *The Rise of Crowdsourcing*. Wired, Issue 14.06, junio de 2006. En: <http://www.wired.com/wired/archive/14.06/crowds.html> (Consulta: 01/10/2014).
- KIERKEGAARD, S. (1962) *The present age, and of the difference between a genius and an apostle*. Nueva York: Harper & Row.
- MAHLOULY, D. (2013) *Rethinking the Public Sphere in a Digital Environment: Similarities between the Eighteenth and the Twenty-First Centuries*. Issue 20: New Horizons. En: http://www.gla.ac.uk/media/media_279211_en.pdf (Consulta: 30/09/2014).
- MEIER, P. (2011) *Do “Liberation Technologies” Change the Balance of Power Between Repressive Regimes and Civil Society?*. The Fletcher School of Law and Diplomacy, Medford, MA.
- MOROZOV, E. (2009a) *The brave new world of slacktivism*, Foreign Policy, 19 de mayo de 2009. En: http://neteffect.foreignpolicy.com/posts/2009/05/19/the_brave_new_world_of_slacktivism (Consulta: 15/09/2014).
- (2009b) *How dictators watch us on the web*, Prospect, 18 de Noviembre de 2009. En: <http://www.prospectmagazine.co.uk/features/how-dictators-watch-us-on-the-web> (Consulta: 28/09/2014).
- (2010) *Think Again: The Internet*, Foreign Policy, 26 de abril de 2010. En: http://www.foreignpolicy.com/articles/2010/04/26/think_again_the_internet (Consulta: 15/09/2014).
- (2011) *The Net Delusion: the Dark Side of Internet Freedom*. Nueva York: Public Affairs.
- (2013) *To Save Everything, Click Here: The Folly of Technological Solutionism*. Nueva York: Public Affairs.
- PAPACHARISSI, Z. (2009) *The Virtual Sphere 2.0: The Internet, the Public Sphere and beyond*, en

- Chadwick, A. y Howard, P. (eds.), *Handbook of Internet Politics*. Londres: Routledge.
- RHEINGOLD, H. (1996) *La comunidad virtual: una sociedad sin fronteras*. Barcelona: Gedisa.
- SHIRKY, C. (2011) *The political power of social media*, Foreign affairs, Vol. 90, n° 1, pp. 28-41.
- STUMPEL, M. (2009) *The Habermasian Implications of the Twittersphere*, Masters of Media, 4 de octubre de 2009: En: <http://mastersofmedia.hum.uva.nl/2009/10/04/the-habermasian-implications-of-the-twittersphere/> (Consulta: 25/09/2014).
- WELLMAN, B. (2004) *The three ages of Internet studies: Ten, five and zero years ago*. New Media and Society, 6, pp. 123-129.
- WILSON, Ch., y Dunn, A. (2011) *Digital Media in the Egyptian Revolution: Descriptive Analysis from the Tabrir Data Sets*. International Journal of Communication, 5, pp. 1248-1272.
- WINNER, L. (2004) *Internet y los sueños de una renovación democrática*, Nómadas (Col.), núm. 21, octubre, pp. 54-67.
- WOOLGAR, S. (2005) *Cinco reglas de la virtualidad*. En Woolgar, S. (ed.), ¿Sociedad virtual? Tecnología, 'cibérbole', realidad. Barcelona: Editorial UOC.
- ŽIŽEK, S. (2013) *El año que soñamos peligrosamente*. Madrid: Akal.